

En que los justos están,
Empiecen para Don Juan
En las mismas sepulturas.
(Las flores se abren y dan paso á varios angelitos que rodean á Doña Inés y á Don Juan, derramando sobre ellos flores y perfumes, y al són de una música dulce y lejana se ilumina el teatro con luz de aurora. Doña Inés cae sobre un lecho de flores, que quedará á la vista, en lugar de su tumba, que desaparece.)

ESCENA ÚLTIMA.
DOÑA INÉS, DON JUAN, LOS ÁNGELES.
Juan. ¡Clemente Dios, gloria á tí!
Mañana á los sevillanos

Aterrará el creer que á manos
De mis víctimas caí.
Mas es justo: quede aquí
Al universo notorio
Que pues me abre el purgatorio
Un punto de penitencia,
Es el Dios de la clemencia
El Dios de DON JUAN TENORIO.

(Cae Don Juan á los piés de Doña Inés y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas representadas en dos brillantes llamas, que se pierden en el espacio al són de la música. Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA.

EL ZAPATERO Y EL REY.

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

Por odio y contrario afam
Calumniado torpemente,
Fué soldado mas valiente
Que prudente capitán.
Osado y antejadizo
Mató, atropelló cruel;
Mas por Dios que no fué él,
Fué su tiempo quien lo hizo.

A MI BUEN AMIGO DON JOSE GARCIA LUNA.

Me aconsejaste que presentara en escena al rey Don Pedro, y escribi este drama para tí. Reconocido quedo á todos los actores que han tomado parte en su representacion; pero sería necia vanidad negarte las dos partes de gloria que te corresponden. El rey Don Pedro te daría las gracias; y el público que te ha colmado de aplausos, te ha dicho mejor que pueden hacerlo mis palabras, que has aconsejado bien y has ejecutado mejor.

Tu buen amigo

JOSE DE ZORRILLA.

Madrid, 14 de Marzo de 1840.

ACTO PRIMERO.

PERSONAS.

DON PEDRO.
DON JUAN.
DIEGO PEREZ, zapatero.
BLAS, } sus hijos.
TERESA, }
UN HOMBRE DEL PUEBLO.
La escena es en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

Interior de la casa de Diego Perez; ajuar del oficio.
Es de noche.

BLAS, TERESA.

Ter. Sí, sí, cierra la ventana,
Que hace una noche....
Blas. Muy buena
Para empezar una ronda.
Ter. ¡Vaya, y diluvia!
Blas. Por fuerza
Bebé los vientos por tí
Si hoy es constante.
Ter. ¡Qué pelma!
Blas. Vive Dios que es un mancebo
Que vale un mundo, Teresa;
Ni valientes le intimidan,
Ni temporales le arredran;

Con su espadon en el cinto
Y su malla sempiterna,
No hay quien le tosa en Sevilla
Si como ronda pelea.
Ter. Siempre te me estás burlando.
Blas. ¡Yo burlarme? no lo creas;
Si la verdad no te digo,
En la vida hablé de veras.
¿Crees tú que entrar le dejara
En casa, si no creyera
Que es un soldado y valiente?
Ter., sobresaltada. ¡Dios mio!
Blas. ¿Qué fué, Teresa?
Ter. Seria aprension.
Blas. Seria.
Ter. Creí que abrian la puerta.
Blas. Lo que tú tienes es miedo.
Ter. Ojalá no le tuviera;
Aunque en tal caso, mi Blas,
Gran ventaja no me llevas.
Blas. ¿Cómo?
Ter. Anteanoche temblabas.
Blas. ¿Cuándo?
Ter. ¿Cuándo?... ¿no te acuerdas?
Blas. No á fé.
Ter. Cuado aquella mano
Que asíéndola por las rejas
Cerró á golpe la ventana.
Blas. Algun hidalgo tronera
Que á su casa volveria
Con tres ó cuatro botellas.

Ter. ¡Y aquellas voces que oímos?
Dí, y el son de las cadenas?

Blas. ¡No lo mientes!

Ter. ¡Virgen santa,
Qué noche tan cruel fué aquella!
Rodaba todo el infierno
Por el atrio de la iglesia.

Blas. ¡Lo viste tú?

Ter. ¡Yo? En la cama
Me dí mil veces por muerta,
Y no me atreví de miedo
Ni á rebullirme siquiera.
Pero Juanito me dijo
Que él asomó la cabeza
Por la rejilla, mucho antes
Que á cerrárnosla vinieran,
Y vió....

Blas. ¡Qué vió?

Ter. Seis fantasmas,
Cuatro blancas y dos negras.

Blas. Hablemos si te parece
Con formalidad, Teresa.

Ter. Pero no dejes la obra
Por hablar.

Blas. En hora buena.
Sigo con ella, y escucha.
Aunque yo en verdad no tenga
Miedo á los muertos, sea dicho
Con la debida cautela,
Por no tenerlos vecinos
He echado á solas mis cuentas.

Ter. Y á fé que la vecindad
No es muy grata.

Blas. Estame atenta.
Puesto que van ya tres noches
Que esos muertos se rebelan
Y con sus danzas nocturnas
Dormir en paz no nos dejan,
Pienso ir, si padre consiente,
A otro barrio con la tienda.
¿No te parece? Y mañana....

Ter. ¡Mañana? ¡Soberbia ideal!

Blas. Cuanto mas pronto mejor.

Ter. Sí, sí, porque el miedo arrecia.
Yo, la verdad, ni una noche
Duermo un minuto serena.

Blas. Pues yo sueño con los diablos
Y los duendes todas ellas.

Ter. ¡Hola! ¿con que al cabo, Blas,
Que tienes miedo confiesas?

Blas. Negar que los muertos me hacen
Mucha pavora, Teresa,
Fuera, á hablar como hombre honrado,
En mí la aprension mas necia.
Sabes que en toda mi vida
Temí paliza, pendencia,
Ni motin, que en todo lance
Presto anduve á la defensa
De mi padre ó mis hermanos,
De un vecino... de cualquiera.
Sabes que estuve empeñado
No há mucho en ir á la guerra,
Y que á dejarme mi padre,

Ya estaria en la frontera.
Mas los muertos me intimidan,
¡A qué andarse por las yerbas?
Si veo venir de frente
Una pica, una ballesta,
Derecho me voy al bulto
Por ir aunque mas no sea;
Pero en hablando de muertos
Estoy con la pataleta.
Me columpio que parece
Que es de plomo la cabeza,
Los piés y manos de corcho,
Y el corazon de manteca.

Ter. Pues manos á la mudanza.

Blas. No, como á padre convenga,
A otra parte con la música.

Ter. Blas, que llaman á la puerta.

Blas. Abre tú.

Ter. Miren qué gracia.
Abre tú que estás mas cerca.

Blas. ¡Vaya! ¡Pues aun tendrá miedo!
¿Quién?

Diego, dentro. Yo.

Blas y Ter. Buenas noches.

Diego. Buenas
Os las dé Dios, hijos míos.
(A Blas que se asoma á la puerta con curiosidad.)
Vaya, Blas, que llueve, cierra.

ESCENA II.
DIEGO, BLAS, TERESA.

Ter. ¿Queréis lumbre?

Diego. Sí por cierto,
Que hace una noche tremenda.

Blas. Sentaos.

Diego. Toma el sombrero,
Llévate la capa y tiéndela.

Blas. Chorreando está. (Vase Blas y vuelve.)

Ter. ¿Qué teneis,
Padre? Traeis descompuesta,
Desencajada la cara.

Diego. Es el frio.

Ter. No, por fuerza
Os ha sucedido....

Blas. ¿Cómo?
¿Qué es eso?

Diego. Vaya, que apenas
Llego, siempre os empeñais
En que azares me sucedan.
No tengo nada.

Blas. Es que importa
Que jamás os acontezca
Mal, mientras que tengais hijos
Que os venguen.

Diego. ¿Eh?

Blas. Que os defiendan.

Diego. La venganza es, hijo mio,
De maldicion una piedra,
Que tarde ó temprano vuelve
Contra el mismo que la suelta.

Blas. Ya lo sé, padre, que he oido
Mil veces eso en la iglesia.

Diego. Pues es preciso que siempre
En la memoria lo tengas.
Pero vamos á otra cosa:
¿Vino?

Blas. Nadie.

Diego. En hora buena;
¿Con que habeis estado solos?

Blas. Sí, señor.

Ter. Si no se cuenta
El miedo de cada cual.

Diego. ¿Y de qué ese miedo era?
¿Ambos callais?

Ter. Dilo, Blas.

Blas. Padre, hablando con franqueza,
Los muertos....

Diego. Bueno, dajadlo.

Blas. Es que estamos siempre....

Diego. Vuelta.

Blas. Y hemos tratado los dos
De que mudemos la tienda.

Diego. No hay que pensar mas en ello;
Los muertos son gente buena,
Y no se meten con nadie.

Ter. Pero....

Diego. Silencio, Teresa;
No son los muertos á fé
Los que ahora á mí me amedrentan;
Y de una vez para siempre
Que comprendais me interesa,
Que los muertos no hacen daño,
Y que hablar de ellos molesta.

Blas. Pero, padre, ¿y esas voces
Que de noche nos atruenan?

Diego. Cerrad las ventanas bien,
Y dormir á pierna suelta;
Las voces solo son ruido,
Y el ruido no rompe piernas.

Blas. ¿Y no era mas fácil?...
No.

Diego. Vuestro mal humor os ciega:
Padre, ¿qué tiene de extraño
Que por ser la calle estrecha,
Porque se pierde ó se gana,
O sea por lo que sea,
Mude un vecino algun dia,
O otro barrio casa ó tienda?

Diego. Blas, yo tengo mis razones,
Y permanecer es fuerza
En esta casa, aunque mucho
De ello en el alma me pesa.

Blas. (¿Qué diablos! ¿quiere y no quiere!
¿A que tambien da en la tema
De callar que tiene miedo?)
Pero....

Diego. Basta de querella:
No hay que alzar ya mas pelillos
A conversacion tan necia;
Y el que de noche curioso
Me abra á deshora una reja,
Que se eche á él solo la culpa
Del mal que á todos nos venga.

Ter. ¡Llamaron!

Blas. ¿Abro?

Diego. ¿Pues no!
Que entre en mi casa quien quiera.

ESCENA III.
DIEGO, DON JUAN DE COLMENARES.

Juan. Dios sea loado.

Diego. ¡Don Juan!
¿Con una noche tan cruda
Vos en mi casa?

Juan. Sin duda,
Siempre os quise con afán.

Diego. Cuatro años hace, señor,
Que en ella no os hemos visto.

Juan. De venir es, ¡vive Cristo!
Esa la razon mejor.
Cuanto mas corren los años
Mas los amigos se prueban,
Y amistades se renuevan
En males y desengaños.

Diego. Hablais, Don Juan, de amistades
Con tono tan singular,
Que nos haréis recelar
En la vuestra novedades.

Juan. ¡Oh, no, Diego! Por mi vida
Nunca os la tuve mas fiel,
Y de ello....

Blas. (Reniego de él.)

Juan. Os da pruebas mi venida.
(Con aire de importancia.)
¡Hola! ¡qué altos los muchachos
Están!... ¡mozo mas cabal!
No le sentarian mal
La coraza y los mostachos.
¿No es este el que quiso ser...?

Blas. Yo soy, y si aun me dejaran,
Por san Juan que se quedaran
Los zapatos por coser.

Juan. ¿Con tanta aficion te sientes?

Blas. Los ojos tengo rasados
Solo con ver los soldados
Con el hierro hasta los dientes.

Juan. Y entonces, ¿por qué esa senda?...

Blas. Dice mi padre, señor,
Que siempre he de estar mejor
Que en el cuartel, en la tienda.

Juan. Nada hay á eso que añadir;
Mas, Diego, si no hay objeto
Que lo obste, tengo en secreto
Dos palabras que decir.

Diego. ¿A mí, Don Juan?

Juan. A tí, Diego.

Diego. Podeis empezar si os place.

Juan. No estás solo.

Diego. ¿Eso qué le hace?

Juan. Iréme pues.

Diego. Idos luego. (Con orgullo.)
Bajo este techo, D. Juan,
No hay quien no pueda discreto
Guardar el mejor secreto.

Juan. Grandes para tí serán
Los motivos de esa fé
En tus hijos, pues lo son,

Pero fuera indiscrecion
 Fiarme yo, y no lo haré.
Diego. Pues tanto empeño mostrais,
 Idos vosotros.
Blas. (Maldita
 Sea con él su visita.) (*Vanse Blas y Teresa.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, DIEGO.

Diego. Solos estamos; ¡hablais!
Juan. Diego, tú audaz y orgulloso,
 De tu virtud satisfecho,
 Caminas siempre derecho
 Por el camino espinoso
 De la vida; mas preciso
 Será que te haga mirar
 Que hay mucho en que tropezar.
Diego. Os agradezco el aviso;
 Mas tengo ya setenta años,
 Y si es que torcido anduve,
 Los vicios que siempre tuve
 Tarde os parecen estraños.
Juan. Diego, tu altivez modera
 Y á la razon deja luz,
 Que es muy recta tu virtud,
 Pero es atrevida y fiera.
 Consulta contigo mismo
 Lo que vas á responder,
 Que va tu respuesta á ser
 Tu salvacion ó tu abismo.
 ¿Quieres escribir tu nombre
 Donde los nuestros están?
Diego. Ya os dije que no, Don Juan.
Juan. (¡Qué tenacidad de hombre!)
 Diego, ¿lo has pensado bien?
Diego. Sí, Don Juan.
Juan. ¿Y no has pensado
 Que va á alcanzar tu pecado
 A mi cabeza tambien?
Diego. ¡Tambien á vos! no lo entiendo.
Juan. ¿Quieres que en olvido eche
 Que ambos con la misma leche
 Nos nutrimos?
Diego. Os comprendo;
 Tal vez creéis que me amais
 Porque pensais mucho en mí,
 Mas cuando pensais así,
 Don Juan, os alucináis.
 Mucho mi arrogancia os pesa,
 Pues culpo vuestras acciones,
 Y esas son las mil razones
 Porque Diego os interesa.
Juan. Mas hay otros que inflexibles
 Por no malograr su afán,
 A tu vida tenderán
 Todos los lazos posibles.
 Te seguirán por do quiera,
 Y es infalible decreto,
 Que quien roba su secreto
 Ayuda les preste ó muera.
Diego. Concluyamos de una vez:
 Yo sé que hay un Juez supremo,

Y nada en el mundo temo
 Mientras me ampara ese Juez.
 Os habeis puesto, insensatos,
 Con los nuestros á jugar,
 Y habeis logrado engañar
 Así á muchos mentecatos.
Juan. Quanto importa mantener
 De ese aislado monasterio
 La oscuridad y el misterio,
 En mi empeño puedes ver.
 Es fuerza, Diego, que el vulgo
 De comprenderlo no acabe;
 Si ha de morir quien lo sabe,
 Peligro, pues lo divulgo.
Diego. Desprecio la oculta ley
 Que proscribete mi virtud,
 Y siendo en mi juventud
 Soldado, defendiendo al rey.
Juan. Al rey que deja morir
 De hambre á sus servidores,
 Que andan hoy como traidores,
 Que mendigando á quien servir.
 Al rey que deja inhumano
 Que á merced de oficio infame....
Diego. Quien tal al trabajo llame,
 Es, Don Juan, solo un villano:
 Jamás en lo que es me meto
 Mi rey, que soy su vasallo.
 Bueno ó malo, sufro y callo,
 Y aunque le odio, le respeto.
 Lo dije: ¡y mirad por Dios
 Que pierdo ya los estribos!
 No temo muertos ni vivos;
 Con que meditado vos.
 Y no lo toméis á espacio,
 Que no soy yo vuestro amigo;
 Y en amistad os lo digo,
 Mañana voy á palacio.
 (*Un punto de silencio.*)
Juan. Lloré, supliqué por tí,
 Mas la vida nos va en ello;
 Y cada cual por su cuello
 Mira con razon aquí.
 Con que si ello tanto importa,
 Piensa á tu vez y despacio,
 Que no llegará á palacio
 Ni tu palabra mas corta;
 Pues no puedes en conciencia
 En ser nuestro consentir,
 Custodiado has de partir,
 Y no temas la indigencia.
 (*Le ofrece un bolsillo que Diego rechaza.*)
Diego. Dadlo á los de vuestra grey,
 Don Juan, que yo mi pobreza
 Llevo con tanta fiereza
 Como su corona el rey.
 Y aunque los den tan baratos
 Que cieguen por trabajar,
 Nunca pan me ha de faltar;
 Mis hijos harán zapatos.
Juan. Sabes, y Dios me es testigo,
 De que hice por tí, á mi fé,
 Quanto pude.

Diego. Ya lo sé;
 Mi padre os crió conmigo.
Juan. Y no sé cómo igualmente
 La misma leche nos hizo
 Necio y descontentadizo
 A tí, y á mí tan prudente.
Diego. Teneis razon, ¡vive Dios!
 Que hemos salido en pareja
 Un lobo con una oveja.
Juan. Tú el lobo.
Diego. Y la oveja vos:
 Eso dije.
Juan. Hombres ingratos
 Que desprecian tan traidores....
Diego. Interrumpiéndole. No quiero vuestros
 favores,
 Don Juan; coseré zapatos.
 ¿Me teneis mas que decir?
Juan. Que te encomiendes al cielo.
Diego. A ese tribunal apelo.
Juan. A Dios.
Diego. Con vos quiera ir.

ESCENA V.

DIEGO, BLAS, TERESA.

Blas. Padre, no oí lo que os dijo,
 Mas créolo un desacato;
 Y muerte afrentosa elijo,
 Si siendo yo vuestro hijo
 Os ofende y no le mato.
Diego. Blas, el cariño te ciega.
Blas. No sé que juego se juega,
 Porque no oí mas que el fin;
 Pero el negocio es muy ruin,
 Cuando mi padre se niega.
Diego. ¿Nada comprendiste?
Blas. No.
Diego. Dios tal vez te ensordeció.
Blas. Vi que os ofrecí dinero,
 Y que dijisteis: No quiero;
 Bien hecho, tampoco yo.
Diego. Blas, la honra es un tesoro,
 Y aunque te ofrezcan mas oro
 Que cabe en la catedral,
 Si le vendes, harás mal.
Blas. Primero me mate un moro.
 No le está bien á un mancebo
 Los secretos rastrear
 De un viejo, sé que no debo;
 Mas ¡me queréis confiar
 Este! A guardarle me atrevo:
Diego. Es inútil; está bien
 Donde está, y no estará, no,
 Mucho tiempo.
Blas. Yo tambien
 Tomaré lo que me den
 Los que saben mas que yo.
 (*Pausa.*)
Ter. Padre, ese hombre os ha dejado
 Tan inquieto.... ¿qué teneis?
Diego. ¿Vuelves ya á lo comenzado?
 Con tan prolijo cuidado

Acosado me teneis.
 Mas ahora que hago memoria,
 Si ese soldado viniera
 De otras noches, me pluguiera.
Ter. ¿Os fuera útil?
Diego. Sí que fuera.
Blas. ¿Es hombre de grande historia!
 Me gusta por lo valiente,
 Y de honrado tiene facha:
 (*A Teresa.*) ¿No es así?
Ter. Padre consiente
 En que venga....
Blas. Y es corriente,
 Que quiera padre no es tacha.
Diego. No le agradezco infinito
 Sus visitas en verdad;
 Mas hoy que le necesito....
Blas. ¿Voto á San Diego bendito!....
Diego. Blas, no jures.
Blas. Perdonad;
 Pero mal lobo me coma
 Si no vuelvo como un galgo
 Con él.
Ter. ¿Llaman?
Blas. Luego asoma
 En nombrando al rey de Roma.
Diego. Si fuera él....
Blas. Apostara algo.

ESCENA VI.

DICHOS, DON PEDRO EN TRAJE DE SOLDADO.

Blas. Señor soldado, guardaos Dios.
Ped. Él le socorra, mancebo.
 ¿Alegre está, qué hay de nuevo?
Blas. Nada, pues llegasteis vos.
Ped. ¿Me esperaban?
Blas. Impacientes.
Ped. ¿Qué es ello, pues, linda niña?
 ¿Se la ocurre alguna riña?
 ¿Qué me mandais?
Diego. Que te sientes.
Ped. Buen viejo, disimulad;
 No os saludé en derechura,
 Porque al ver tanta hermosura
 Me siento ciego.
Diego. En verdad
 Que sois un hombre bizarro,
 Y siempre con buen humor.
 (*Don Pedro mete sin ceremonia ambos piés por
 medio de todos.*)
Ped. Dejadme echar al calor
 Esta humedad y este barro.
Blas. (Si no viera en una pieza
 Su amor y su edad marcial,
 Teresa, tomaba á mal
 Su desenfado y franqueza.)
Ped. ¿Qué murmura el perillan?
Blas. Que traéis hoy una espada
 Con mucho primor dorada;
Ped. En el cuartel me la dan:
 Y como me sirva bien,
 Jamás las señas la tomo;

Que al pulsarla por el pomo
Se cura siempre á cercen.
Pero al caso, señor Diego:
Dispuesto estoy á escucharos;
Hablemos de prisa y claros,
Que he de partirme muy luego.
Diego. ¿Entrais en palacio vos?
Ped. ¿Por qué me lo preguntais?
Diego. Porque si hasta el rey llegais
Quiero hablarle.
Ped. Sí, por Dios;
Y si queréis que le diga...
Diego. A solas le quiero hablar.
Ped. Para tan alto picar
Muy grave causa os obliga.
Diego. No á mí.
Ped. ¿Pues á quién?
Diego. A él.
(*Don Pedro frunciendo el ceño se arrellana en la
silla diciendo con altivez:*)
Ped. Diga, pues, lo que se ofrece.
Diego. Al rey su merced parece.
Ped. ¿La cara tengo tan cruel
Que con el rey me compara?
Diego. Hable de él con mas respeto,
Que yo jamás me entrometo
A mirar al rey la cara.
¿Y en fin, lo podeis hacer?
Ped. Cuando querais.
Diego. Pues mañana.
Ped. ¿A qué hora?
Diego. La mas temprana.
Ped. Pues bueno, al amanecer.
Diego. ¿Os burlais?
Ped. No por mi vida,
Porque mañana temprano
Ha dispuesto el soberano
Dar al monte una batida;
Con que si verle queréis
Que madrugueis es preciso.
Diego. No echaré al agua el aviso.
Ped. Mucho de él os prometeis.
Diego. Eso es ya negocio mio,
Seor soldado.
Ped. Bien está;
A mí tanto se me dá;
Con que en ello no porfio.
Diego. Pues á otra cosa; y decid,
¿Qué se habla por la ciudad?
Ped. Estoy de eso á la verdad
Tan al cabo como el Cid.
Diego. ¿No os importan las noticias
De vuestra patria y del rey?
Ped. ¿A mí?... que haya buena ley
Y se hagan muchas justicias.
Lo demas nada me importa;
Y cuando columbro guerra,
(*Señalando la espada.*)
Doy un repaso á esta sierra,
Y estoy listo en cuanto corta.
(*Llaman en la puerta con brio.*)
Ter. ¡Ay!

Ped. Lllaman.
Diego. Abre. (*Lo hace Blas.*)

ESCENA VII.

DICHOS, UN HOMBRE DEL PUEBLO.

Blas. ¿Qué quiere?
Hombre. ¿Diego Perez?
Blas. Aquí es.
Hombre. Que vaya corriendo, pues,
Que su pariente se muere.
Diego. ¿Mi pariente? ¿y qué pariente?
Hombre. Gil Perez el estatuario,
Que está con un mercenario
Muriedo devotamente.
Diego. ¿Gil Perez!... ¡Oh! perdonad,
Señor soldado, que entiendo
Que ese que se está muriendo
Conmigo en su mocedad
Siguió las armas reales.
Ped. Id, que soy muy vuestro amigo
Y estais cumplido conmigo;
Id á remediar sus males.
Y si urjen por mala estrella
Medicinas ó dinero,
Tengo una bolsa de cuero;
Mandad por lo que hay en ella.
Diego. Gracias, y á Dios.
Blas y Ter. ¿Volveréis?
Diego. En cuanto el mal lo permita.
(*Sale Diego con el hombre; Blas y Teresa se aso-
man á la puerta.*)
Blas. Corre que se precipita.
Ped. Mozos, buen padre teneis.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, TERESA, BLAS COSIENDO ZAPATOS.

Ped. Decidme, esquiua hermosura,
¿Me queréis como yo á vos?
Ter. Brava pregunta por Dios.
Ped. Brava os quiero, altiva y dura;
¿Pero la frase la estraña?
Daréla satisfaccion:
Es que está mi corazon
Por sus ojos en campaña.
Y soldado mas valiente
Que prudente capitan,
Planto el sitio y allá van
Mis ballestas de repente.
Si el enemigo responde,
A él voy, y sin hacer alto
Entro al lugar por asalto
Sin mirar nunca por dónde.
¿Se me entiende?
Ter. Como está
Tan oculta la emboscada,
No es fácil...
Ped. Vuestra avanzada
Dió con ella.
Blas. ¿Voto va!
Paréceme que á barato
Lo echais, y se me barrunta....

Ped. ¿Quién al rapaz le pregunta?
Calle y cosa su zapato.
Blas. (Siempre adelante me lleva;
Por mas que me tengo serio,
Arranca con tal imperio
Que el diablo que se le atreva.)
Ter. Bien, hablemos de otra cosa:
Dicen que el rey de Castilla...
Ped. ¿Está ahora con la Padilla
En conferencia amorosa?
Ter. ¿Qué me importa? es de la guerra
De Aragon porque pregunto.
Ped. Contadme allá por difunto.
Ter. ¿Os partís para esa tierra?
Ped. El rey sus tercios envia
Para allá, y segun infiero
Yo salgo con él primero;
Con que al caso, prenda mia:
Si no me dais antes de ir
De vuestro amor una prueba,
Dad por llegada la nueva
De que estoy para morir.
Ter. Mucho en el alma lo siento,
Que al cabo os queria bien.
Ped. (Bello está en ella el desden,
Pero mas el sentimiento.)
¿Con que me queréis, Teresa?
Ter. Ya lo dije; mas si os vais,
Pésame que lo sepais.
Ped. ¿Qué os pesa decís?
Ter. Me pesa,
Porque es vuestra condicion
Olvidar lo que ha pasado
En lugar que habeis dejado;
Con que ved si en Aragon
Olvidaréis á Castilla.
Ped., con brio. ¿Olvidar y haberla visto?
Y vale mas juro á Cristo!
Que la Aldonza y la Padilla.
Ter. ¿Qué decís? que... ¿á quién nombrais?
Ped. Padilla y la Coronel,
Damas del rey.
Ter. ¿Y con él
Y aquellas nos comparais?
Ped. Sí, pues siendo ante la ley
Él el primero y mejor,
La mas hermosa el amor
Debe cautivar del rey.
Blas. Ved que estais aquí conmigo,
Y ved que su hermano soy.
Ped. Qué lenguaraz estás hoy.
Blas. Es que soy...
Ped. Calle, le digo,
Blas. (Los ojos me hace bajar
Y se me traba la lengua.)
Ter. No le riñais, que es gran mengua
Hacerle esto tolerar;
Y partid, que es ya muy tarde
Y no está mi padre aquí.
Ped. ¿Con vos no me dejó á mí?
¿Qué importa que yo le aguarde?
(*Tocan á las ánimas, y al son de las campanas
Blas y Teresa hacen un movimiento de temor.*)

Ped. ¿Qué es eso?
Ter. ¿No oís tocar?
Blas. Las nueve deben de ser.
Ped. ¿Y qué tiene eso que ver
Para ponerse á temblar?
Blas. ¿Qué, no sabeis lo que pasa?
Mas no me miréis así,
Que poneis un ceño...
Ped. Dí
Qué es lo que hay.
Blas. En esta casa
Es imposible vivir;
La mejor noche nos comen.
Ped. ¿Quién?
Blas. Temiendo estoy que asomen,
Que á esta hora suelen venir.
Ped. ¿Qué tropel de desaciertos!
Locos á esta hora os volveis.
Blas. ¿Los oís?
(*Don Pedro da un paso hácia la ventana; Blas le
detiene.*)
No os asomeis.
Ped. ¿Pero quién son?
Blas. Unos muertos.
Ped. ¿Muertos!... ¡Bah! ¡bah! pues ya estoy;
¿Con que todo eso era miedo?
¿Y se ven?
(*Segundo paso de Don Pedro y detencion de Blas*)
Blas. Estaos quedo
Si morir no queréis hoy.
Ped. Y en efecto, se oye ruido
Y se ve luz por la calle.
Ter. Siento que padre no se halle
Ya esta noche recojido.
Blas. ¿Cielos, yo tiemblo por él!
Todos los dias parecen
Hombres que á fuerza perecen
De esa iglesia en el cancel.
Ped. ¿Y la justicia lo sabe?
Blas. Sin duda saberlo debe.
Ped. ¿Y entonces?
Blas y Ter. Nadie se atreve.
Ped. (Gran misterio en ello cabe;
Prosigamos, y si encuentro
El hilo á este laberinto,
Fuego pondré á su recinto
Hasta dar con lo que hay dentro.)
Decid, ¿y habeis visto alguno
De esos cuerpos que perecen
Por la noche, y aparecen
Por la mañana?
Blas. Ayer uno.
Ped. ¿Tenia herida?
Blas. En el pecho.
Ped. ¿Y mostraba la señal
Ser de espada ó de puñal?
Blas. Que con ambas lo habian hecho
Dijeron los cirujanos.
Ped. Luego eran contra uno dos?
¿Animas eran por Dios
De vivientes bien villanos!
(*Ruido dentro.*)
Blas. ¿Oís?